

### CAPITULO III.

DE CÓMO DESAPARECIÓ DE LA ESCENA EL CONDE DON LOPE DIAZ DE HARO.

#### I.

Desde el momento en que habia cesado la guerra civil, esto es, el peligro para el rey, desde el punto en que la reina lo habia dominado todo, habia desaparecido el conde don Lope Diaz de Haro, como capitán á lo menos de la compañía franca de los Hermanos de la Selva; esta habia sido licenciada por inútil en 1308, cuando aún vivia don Alfonso Perez de Guzman, y oponiéndose Zayda Fatima á que la compañía se licenciase, la habia dicho don Lope:

—¿A qué gastar en sueldos innecesarios, cuando tal vez mañana tengamos que acorrer con todas nuestras fuerzas á la reina doña María, en otra nueva crianza de rey y en otra guerra civil?

—¿Pues qué, habia dicho Zayda Fatima, tan poca vida dais al señor rey don Fernando que cuando muera, la reina esté en buena edad para criarle un hijo? Y sobre todo, ¿dónde está ese



hijo? El rey no tiene mas que á la infanta doña Loenor, y segun dicen los médicos, no hay esperanzas de mas, porque el rey está muy enfermo y muy trabajado.

—Por la gula y por la cólera, dijo el conde don Lope, y no vivirá mucho; además, que yo he soñado, y tengo fé en los sueños, que el rey morirá presto sobre la frontera de los moros en un caso muy notable, y que dejará un hijo varon de muy corta edad, al que criará y hará rey, á despecho de todo el mundo, la reina doña María.

—¿Eso habeis soñado? dijo Zayda Fatima: pues ved ahí; cuando yo estaba en Andalucía hace años para convertirme de caballero del Aguila Roja en la infanta doña María de Granada, tuve un sueño confuso, un presentimiento mas bien, de que andando el tiempo le habia de acontecer al rey en aquella villa una gran desgracia, y este presentimiento hace que cuando yo pienso en Andalucía, sufra.

—Allí está don Alfonso Perez de Guzman, dijo el conde.

—No me hableis de él, dijo Zayda Fatima; os lo ruego.

—¿Y por qué no? ¿no es viudo desde hace algunos años don Alfonso Perez?

—Si no nos hubiéramos amado cuando no era libre, si nos hubiéramos conocido despues de su viudez y nos hubiéramos amado como nos amamos, hubiéramos sido muy felices, yo os lo aseguro; vos me aconsejais que me case con don Alfonso Perez, y la reina, que sabe cuánto sufro, no porque yo se lo diga, sino porque lo adivina, no me ha aconsejado tal cosa: vos no sois mujer, conde don Lope: los hombres sois mucho mas indulgentes en ciertos casos que nosotras las pobres mujeres, que pensamos en Dios y en nuestra conciencia. ¡Ah! no, no, don Lope; amores que empezaron siendo imposibles, deben seguir siendo imposibles; pareceria como que aprovechábamos la desgracia de la desdichada doña María Alfonso Coronel, que ha muerto lentamente devorada por el dolor de la muerte de su hijo don Pedro, inmolado ante los muros de Tarifa. ¡Ah! no, no: sólo una mujer liviana podia aceptar su casamiento con un hombre que, olvidado de la buena esposa que por tantos años habia sido su compañera,

que le siguió al África, que partió con él su heroismo en Tarifa, que lloró con él, llevase una segunda esposa al tálamo vacío por la muerte; ni don Alfonso Perez es capaz de injuriar de tal modo la memoria de su esposa, ni de lastimar á sus hijos poniendo á otra en el lugar de su buena madre, ni yo podria continuar amando á don Alfonso Perez, si fuera capaz de hacer esto. ¡Ah! nuestro amor se ha purificado; para mí, don Alfonso Perez es un héroe que admiro, un buen caballero á quien respeto, un corazón que estimo en lo que vale; con el tranquilo afecto que por él siento me basta, no necesito mas; creedme, don Lope: yo continuaré al lado de la reina mi señora mientras la sea necesaria; despues iré á encerrarme en un convento: mi padre ofreció mi castidad á Dios, y Dios aceptó este voto, ya lo veis, aunque hecho por un infiel: ¿no os parece, añadió sonriendo y con acento ligero Zayda Fatima, que yo haré una buena abadesa de las Huelgas de Burgos ó de las de Valladolid? porque os advierto que yo no soy ambiciosa; la reina quiere que yo sea prelada de uno de estos dos reales monasterios, y dice con mucho gracejo que me estará muy bien la mitra; y que quien fué bastante para gobernar á aquellos malditos de la compañía franca, gobernará mucho mejor una comunidad de monjas.

—Conforme y segun, dijo bromeando el conde; me parece mucho mas difícil tener en paz una comunidad de mujeres aunque sean unas santas, que una compañía de soldados aunque sean diablos.

—¡Ah! dijo Zayda Fatima: pues os aseguro que no habrá irregularidades en un monasterio de que yo sea prelada.

—¿Y qué vais á hacer del ilustre rico hombre de Carcavilla de las Batuecas? Si él huele que vais á ser monja y prelada, se os mete de sacristan en el monasterio: no puede vivir sin vos; me decia hace pocos dias: señor Sin nombre, ¿de qué me sirve á mí que el capitán, porque os llama con mucha frecuencia el capitán, me haya hecho crecer como la espuma y por él me vea no menos que infanzon con tierras y señorío, y me haya dado dineros para comprar estas tierras y para murar y torrear aquel lugar adonde estuvo Carcavilla, poblacion cuya historia no se co-



noce, porque si se conociera la hubiera descubierto yo que he revuelto no sé cuántos centenares de pergaminos y de geograffias sin encontrar nada, como cuando fuí sobre las Batuecas con la mitad de la compañía franca que vos me prestásteis por los buenos oficios de mi señora? ¿dónde están las Batuecas? creed que el no haber podido averiguarlo me quita muchas noches el sueño y me tiene incómodo y desasosegado; y que mas de un cogotazo han sufrido mis hijos por acercárase con una impertinencia cuando estaba pensando en las Batuecas; ¡y mirad que hemos trillado los muchachos que me prestásteis y yo las dos Estremaduras sin tropezar con las tales Batuecas! y preguntábamos en Badajoz á los del concejo, ¿teneis noticias de las Batuecas? y nos decian: conocemos el nombre, pero el lugar no; id á los de Ciudad-Rodrigo, que tal vez os lo dirán; y los de Ciudad-Rodrigo nos enviaban á los de Mérida, y los de Mérida á los de Cáceres, y los de Cáceres á los de Alburquerque y los de Alburquerque á los de Coria y nada, las Batuecas no parecian; y sabeis que estaban de tal manera irritados los buenos mozos de la compañía de ver que andaban aperreados sin encontrar á las Batuecas, que si por ventura las llegamos á encontrar, aunque sus moradores hubieran sido gigantones, se los llevan por delante á la primera arremetida; pues mirad, á pesar del empeño que yo tenia por encontrar mi infanzonazgo, no me hallaba separado de mi señora, y me volví antes y con antes, y envié al diablo las Batuecas; y lo que es á Carcavilla he ido dos veces: una cuando la estaban edificando, y otra despues para poblarla y darla regimiento y clérigos y lo que es menester en una villa, ademas que se hicieron dos buenos conventos uno de frailes y otro de monjas que los fundó mi señora; y ella fué á la recepcion de religiosos y religiosas: entonces, menos mal, porque la señora estaba allí conmigo y nos estuvimos dos meses.

—Es verdad, dijo Zayda Fatima; yo procuraba que Zancudo tomase cariño á su señorío y que se estuviese allí, y por el buen gobierno de la villa, porque es hombre recto y de claro entendimiento; pero acontecíame á mí por la reina lo que á Zancudo le acontece por mí; no vivo bien separada de su señoría, y empren-

dí mi marcha creyendo que Zancudo, á quien habia mandado terminantemente se quedase, se quedaria; pero antes de acabar la primera jornada me alcanzó, y antes de la segunda nos alcanzó á los dos ese Diego de Moron, á pesar de que Zancudo le habia hecho alcaide de su villa, dejando allí un sota alcaide, porque Diego de Moron tampoco puede vivir sino pegado á Zancudo.

—Por lo mismo, cuando os metais monja, Zancudo se hace sacristán y Diego de Moron acólito.

—En buen hora: así estará bien guardado el monasterio. Y vos ¿qué pensais hacer, don Lope?

—Volver á mi tumba, hasta que de nuevo me saquen de ella las necesidades de la reina.

—¿Y por qué abandonarnos? dijo conmovida Zayda Fatima: ¿creeis que no os amamos?

—Estoy cansado de este largo incógnito, de estar siendo el espectro de la córte, de oír decir á todo el mundo cuando paso: ¿quién será ese hombre? grandes pecados debe tener sobre sí, cuando de tal modo se oculta; además, he hecho cuanto tenia que hacer: he servido y aconsejado á la reina y la he ayudado poderosamente con mi persona, y conteniendo, mandando á mi hermano don Diego; la reina no me necesita ya: en cuanto á mis propias cosas, he hecho que como es justo, mi señorío de Vizcaya vaya á mi hija doña María, á quien legítimamente pertenece, por mas que esta, creyéndome muerto, haya puesto en un completo olvido mi memoria; he sufrido un largo purgatorio, y he lavado las culpas de mis antiguas rebeldías contra el rey don Sancho IV, sirviendo lealmente á su viuda y contribuyendo en gran parte á asegurar la corona de su hijo; temo, además, que el rey, que me conoce, falte un día al secreto y me obligue á soportar un escándalo; no, no, desaparezco: me pierdo; tal vez no me vaya muy lejos de la reina ni de vos.

—¿Pero no sabremos dónde estais?

—He hecho un voto, doña María: respetadle; pero tened por seguro que en el momento en que sea necesario me tendreis á vuestro lado la reina y vos. A mas de eso, voy á pedir os alguna merced.



—¿Y qué podreis pedirme, don Lope, que yo no me apresure á daros?

—En primer lugar, señora, guardad en vuestra caballeriza mi caballo: es un hermoso animal, no muy viejo aún, que me ha servido bravamente, y que ya que no ha muerto sirviéndome, no quiero que muera abandonado en malas manos; guardad tambien mis armas y mi máscara de hierro y mi sobrevesta de luto, para el dia en que yo venga á deciros, y quiera Dios que tarde mucho: dad al caballero Sin nombre su corcel y sus arreoš de batalla.

—Aun cuando yo sea monja, don Lope, conservaré vuestro corcel y el mio, vuestras armas y las mias, y en eso no os hago merced.

—Otra quiero suplicaros, que me parece mas difícil me concedais, porque os conozco bien: en el arca de hierro que me acompaña siempre, quedan las tres cuartas partes del tesoro que fuimos á buscar cerca de Haro: guardádmelo.

—¿Y por qué no, don Lope? dijo Zayda Fatima: ese será para mí un cuidado mas, y yo no escuso cuidados por mis amigos.

—Pues bien, señora, hé aquí las llavés del arca: hoy, con mi corcel, mis armas, mi máscara y mi sobrevesta, os la traerán mis escuderos; si alguno de los de la compañía franca viene á buscaros y á deciros que yo he desaparecido y que está sin pagas, no le creais: tan pagados están todos, que para que puedan buscarse mejor la vida y ganar mas sueldo, les he dejado las armas y el caballo y les he regalado un mes de soldada que no han servido. Ahora, doña María, comamos juntos y á solas como otras veces, por la última vez, y despues iremos á despedirnos de la reina doña María.

## II.

La reina no pudo contener á don Lope ni saber adónde pensaba retirarse.

Por fin, el caballero Sin nombre desapareció, pero antes tuvo una larga entrevista con su hermano.

Las últimas palabras que en esta entrevista pronunció el conde don Lope, fueron las siguientes:

—Has sido leal á duras penas y por el terror que te he impuesto: conserva ese saludable terror, hermano, porque aunque desaparezcó, estaré siempre muy cerca del rey don Fernando el IV, que bien ha menester que alguien desde la sombra vele por él y ayude á su buena madre, merecedora por cierto de un mejor hijo. Toma mi bocina: esta preciosa bocina de marfil que con tanta codicia miraste la primera vez que la viste, y que te hizo prorumpir en calumnias contra la reina y contra mí; en esta bocina solo han puesto sus labios el rey don Sancho y yo; su voz es poderosa, se oye á una larga distancia, especialmente por la noche; si acompañando al rey, como debes acompañarle, se encuentra su señoría en un grave peligro ó te encuentras tú, ponte en el lugar mas alto inmediato al en que se encuentre el rey, y haz sonar por tres veces esta bocina, como si mandarás la arremetida á tu gente de guerra; espera una hora, que yo acudiré.

Dejó maravillado el conde á su hermano don Diego, y en vano este quiso saber lo que su hermano haria cuando desapareciese.

El conde don Lope guardó el mas profundo silencio.

Aquella misma noche, antes del toque de queda, hubiera podido verse cabalgando en una mula, y calada completamente la capucha, un monge benedictino, á quien, montado en una mula, acompañaba un lego.

Iba hácia Madrid; por lo que podia decirse que iba á Andalucía.